

ó Addison, y seguramente no mucho más que una décima parte de lo que conozco de Swift, Cowper ó Johnson. Además, á causa de lo poco que conozco de él, no tengo formada de su carácter una opinión tan alta como muchas gentes y como conviene además para expresarla en la revista de Edimburgo. Me parece que ha sido extremadamente cuidadoso y con éxito de estar en guardia contra los pecados que más fácilmente cometen los literatos, en cuyo sentido ha multiplicado sus precauciones y establecido doble guardia. Dificilmente ningún otro escritor de nota ha estado más exento de los celillos é irritabilidades morbosas de nuestra raza. Pero yo no creo que se ha mantenido igualmente libre de faltas de diferente naturaleza, de las faltas de un hombre de mundo. En política fué un partidario mordaz y sin escrúpulo, pródigo y ostentoso en los gastos, agitado por las esperanzas y temores de un jugador, y sacrificando, como literato, la perfección de sus composiciones y durabilidad de su fama á su ansia de dinero; escribiendo con la presteza desaliñada de Dryden, para satisfacer necesidades, que no son como las de éste, causadas por circunstancias ajenas á él, sino por su despilfarro extravagante ó proyectos rapaces; este es el aspecto en que á mi se me presenta. Me pesa por él, porque admiro la mayor parte de sus obras; pero no le puedo considerar como un hombre de inteligencia superior, ni de muy severos principios. Ahora éstas son opiniones que aunque se suavizan mucho, son altamente impopulares para publicarlas y particularmente en una revista escocesa.

Pero ¿cómo no convence usted á lord Jeffrey á que le dé este artículo? Ningún otro hombre puede hacerlo también como él. Conoce y ama á Scott y puede es-

cribir la parte crítica del trabajo, que es con mucho lo más importante, de un modo incomparable. He dicho bastante en la esperanza de convencer á usted que no sin razón declino un trabajo que usted desea que yo emprenda.

Estoy completamente en movimiento. Almuerzo por la mañana, como por la tarde, y hago visitas todo el día proponiéndome no hacer trabajo alguno regular. Mis libros están en el guarda-muebles y los armarios en manos del ebanista. Todo lo que escribo ahora debo, como Bacon dice en alguna parte, hilarlo de mis propias entrañas, y difícilmente dispongo de un minuto en el transcurso de una semana para semejante tarea. Londres se halla en un estado de excitación muy extraño. Las calles occidentales están en constante ebullición. La afluencia de extranjeros y aldeanos ha sido prodigiosa, y los habitantes normales están hechos unos haraganes, y como si no fuesen los moradores de la ciudad. A cada momento se reúnen muchedumbres, nadie sabe por qué, con una especie de vaga expectación, como si fueran á presenciar algo, y después de mirarse unos á otros se dispersan sin haber visto más. Esto durará hasta que tenga lugar la coronación. Los únicos lugares tranquilos son las calles de la City. Por mi parte estoy enfermo á morir de la inquietud, y casi deseo volverme de nuevo á Calcuta para tranquilizarme en el Ecuador.

Siempre de usted muy de veras,

T. B. MACAULAY.

3. Clarger Street, Londres: Julio, 20 1838.

Querido Napier: Me hago cargo, como Brougham, de las dificultades de usted y las siento. Acaso yo

vaya demasiado lejos, pero me atrevo á decir que este hombre extraño, que se encuentra casi solo en el mundo, absolutamente desligado de los whigs ó conservadores, y no teniendo en el Parlamento más voto de que disponer que del propio, desea convertir la Revista en órgano suyo. Con esta intención, y á menos que yo no me engañe mucho, después de haber, durante varios años, contribuido en poco ó en nada de valor, ha determinado reforzarse como si fuese un escritor novel que lucha por la notoriedad y hacerse necesario en el trabajo por sus servicios literarios, y ciertamente lo ha conseguido. Sus últimos artículos, particularmente el del número de Abril, tienen un mérito superior. Son verdaderamente modelos hechos de un modo muy distinto de cómo están otros escritos. Sin embargo, creo que no serán de gran duración. Todo en ellos es exagerado, incorrecto, abocetado. Los caracteres son ya demasiado oscuros, ya demasiado hermosos; las pasiones del escritor no le permiten mantenerse por lo menos en una decente apariencia de imparcialidad, y el estilo, aunque punzante y animado, no puede sostener el examen detenido de un solo párrafo. Pero el efecto en una primera lectura es muy grande, y pocas gentes leen por segunda vez los artículos de una revista. Una manera vigorosa y osada de pintar las escenas, es lo que casi siempre alcanza mayor éxito en los escritos periódicos, y no dudo que los animados y vigorosos de lord Brougham puedan serle á usted de más utilidad que trabajos minuciosos y perfectamente concluidos. Desea, imagino yo, crear en su favor así como un ascendiente que le facilite arrastrar consigo la Revista á cualquier parte á que sus violentas pasiones puedan conducirle, á los radicales, á los tories, á cualquier otro lugar donde

haya hombres con cuyo auxilio pueda él vengarse de sus antiguos amigos, cuyo único crimen fué no haberle ayudado en su habitual papel de traidor. Hasta ahora, el cuidado y firmeza de usted han hecho milagros. Pero ya comienza á usar la palabra «whig» como un epíteto de reproche, exactamente como se usa en los más bajos escritos de los tories y de los radicales extremos, exactamente como es empleada en *Blackwood*, en *Fraser*, en *The Age*, en *Tait's Magazine*. Tiene de esto ya varios ejemplos en el artículo acerca de lady Carlota Bury, tales como «las nociones whig de la propiedad femenina», «el secreto whig del tribunal». No dudo que el tono de estos escritos se haga cada vez más hostil al gobierno, y que, en un breve espacio de tiempo, le puede ser necesario á usted tomar una de estas tres determinaciones, cada una de las cuales presenta graves inconvenientes: romper con él, admitir sus escritos en la Revista, cuidando de que todo el resto esté escrito en un tono diferente, ó ceder á su influencia y entregarle esta publicación para que haga de ella un mero instrumento de su ambición y venganza.

Conozco los sentimientos de Brougham para conmigo desde hace mucho tiempo, y sé que me detesta. Si durante estos diez últimos años he adquirido alguna reputación, en política ó en las letras, y si he obtenido algún éxito en la vida, ha sido sin su ayuda y frecuentemente, á pesar de sus inauditos esfuerzos para tenerme debajo. Es extraño que pueda chocarle mi conducta, no habiéndome ocupado de él desde mi vuelta, y tampoco él se ocupó de mí cuando me marché fuera. Cuando fué canceller y yo estaba en la oficina, ni una sola vez asistí á su reunión. Sería realmente extraño si ahora que está malgastando su re-

putación pública en ataques contra el partido de que fué miembro, y al que yo pertenezco, comenzase yo á pegar contra él. Por razón de la gran intimidad que existió entre él y mi padre, y de los buenos servicios mutuos que se hicieron, no puedo, á menos de verme obligado á ello, atacarle públicamente. Esta es en realidad la única causa que me contiene, porque yo jamás le he tenido amor ni miedo.

Con respecto al Código penal indo, le diré que si usted está seguro de que Empson desea revisarlo verdaderamente por interés hacia el asunto, y no exclusivamente por amistad hacia mí, yo no tengo nada que objetar. La cuestión es de inmensa importancia. Es trabajo de naturaleza demasiado abstrusa para los lectores comunes que solamente pueden adquirir conocimiento de él mediante alguna exposición popular. Hay además otra consideración que pesa bastante en mi ánimo. La prensa en la India ha caído en manos de los leguleyos practicones de baja estofa, que detestan cualquier reforma de la ley, y sus improperios y bufonadas, aunque no sean más que materia de irrisión para una persona acostumbrada á la virulencia de las facciones inglesas, harían un efecto mucho mayor de lo que usted puede concebir en los miembros del servicio civil que no tienen costumbre de ser tratados con rudeza ante el público. Es, por consecuencia, de la mayor importancia que los individuos de la legislación inda y de la comisión de ley puedan sostenerse contra las numerosas burlas de los autorzuelos que les rodean y al ver que sus reformas les atraen reparos y observaciones en su país, aunque éstas sean juzgadas con discernimiento por los autores lejanos de gran reputación entre los editores de Calcuta. Por estas razones pudiera agradarme ver un

artículo sobre el Código penal en la *Revista de Edimburgo*, pero habría de ser con la condición de que no se mencionase mi nombre, con objeto de que pudiera ser atribuido al cuerpo que constituye la comisión de ley. Estoy completamente seguro de que el buen gusto de Empson y su atención para conmigo, le llevarán, si quiere revisar el Código, á abstenerse en absoluto de todo lo que pueda parecer exagerada alabanza. Su respeto á la verdad y al interés público, le llevarán de consuno á combatir mis opiniones con entera libertad, dondequiera que él piense ver un error.

Hay pocas probabilidades de que pueda ir á Escocia este año. En otoño probablemente marcharé á Roma para volver á Londres en primavera, y tan pronto como regrese quiero comenzar seriamente mi Historia. La primera parte (que, á lo que pienso, ocupará cinco volúmenes en octavo) se extenderá desde la Revolución hasta el comienzo de la larga administración de sir Roberto Walpole; un período de treinta y tres ó treinta y cuatro años lleno de acontecimientos. Desde el comienzo de la administración de Walpole hasta el de la guerra americana los sucesos pueden narrarse con más concisión, pero en cambio desde el principio de la guerra de América es necesario presentar abundantes datos. Este es, al menos, mi parecer actual. No tengo aún determinado hasta dónde podré llevar la narración. La muerte de Jorge IV podría ser el mejor punto de parada. La Historia sería entonces un examen completo de todas las transacciones que tuvieron lugar entre la revolución que puso á la corona en armonía con el Parlamento y la misma revolución que armonizó éste con la nación. Pero hay grandes y evidentes objeciones que hacer á la historia contemporánea. Para tener más probabilidades de acer-

tar en este período era necesario que yo viviera setenta años, y entonces los acontecimientos del reinado de Jorge IV serían para mí tan claros como hoy me son los de la guerra de América y la coalición.

Me parece muy inseguro que continúe residiendo en Londres. Me hago muchas veces la ilusión de que tengo cariño á este pueblo, pero, en realidad, yo amo personas que había en él y que han desaparecido. Mi familia se ha desparramado y no tengo negocio parlamentario ú oficial alguno que me obligue á residir en la capital; mientras que, por el contrario, la ocupación á que me propongo consagrarme es casi incompatible con las distracciones de la vida de ciudad. Estoy disgustado de la monótona sucesión de los partidos y deseo con vehemencia quietud y retiro. Abandonar la política por las letras es, creo yo, una determinación prudente. Desistir de ser un miembro del Parlamento tan sólo por hacerse un vago sería despreciable, y acaso no me fuera fácil evitarlo si residiera allí.

Siempre suyo,

T. B. M.

Londres: Septiembre 15, 1838.

Querido Ellis: El lunes saldré para Liverpool por el ferrocarril que correrá ya en toda la extensión de la línea, y pienso permanecer allí una semana próximamente. El principal objeto de mi visita es ver mi sobrinito: el hijo de mi hermana Margarita. No es visita de placer aunque haya de oír todo género de alabanzas é ilusiones concebidas acerca del ta-

lento y carácter del muchacho (1). A la verdad, me cuesta un gran esfuerzo ir, pero no quiero hablar más de este asunto porque no puedo dominarme cuando trato de él.

Empson vino á Londres ayer por la noche con su señora, muy bella y contenta. Conoce usted aquella verdad proverbial de que las mujeres jamás toleran intimidad entre sus maridos y los antiguos amigos de estos, excepto en dos casos: el uno, cuando estos amigos eran, antes del matrimonio, amigos de ambos, mujer y marido; el otro, cuando la amistad es posterior al matrimonio. Tengo esperanza de conservar la amistad de Empson por la primera razón, y la de usted por la segunda.

Empson trae noticias tristes del pobre Napier; toda clase de inquietudes y trastornos le afligen y prorrumpen en terribles quejas que son la causa más grave de alarma para sus amigos; y como si esto no fuera bastante, Brougham le persigue con la malignidad más grande. No hago sino pensar cómo es posible que la naturaleza humana en un hombre civilizado y bien educado—hombre, además, de gran inteligencia—llegue á hacerse tan depravada. Escribe á Napier en el lenguaje del odio más salvaje y la más extravagante jactancia, diciéndole que los ministros, hasta ahora, no han sentido más que su dedo meñique, pero que desde hora en adelante les hará sentir toda su mano derecha y que no descansará hasta que lo consiga.

(1) Murió este muchacho en 1847, habiendo hecho concebir las más bellas ilusiones en vista de que poseía toda la notable aptitud y finura de carácter compatibles con su edad de trece años. «Siento mucho esta desgracia, escribió Maucalay; pensaba haber dejado mi librería á tan querido muchacho, sin sospechar que yo había de llorarle siempre.»